

Capítulo 5



LA ÚLTIMA CARTA DE ANDRÉS: EL MITO ENAMORADO

Angélica María Vivas Betancourt

LA ÚLTIMA CARTA DE ANDRÉS: EL MITO ENAMORADO

Angélica María Vivas Betancourt

La obra de Andrés Caicedo ha sido analizada desde muchas ópticas, y desde todas esas aproximaciones su figura tutelar se ha robustecido con el mito de su muerte. Este análisis de la última carta que Caicedo escribió a Patricia Restrepo, constituye una radiografía del tormento que padecía el genio juvenil, pero también de un relato amoroso particular que debemos, cuando menos, mirar con sospecha.

En la modernidad, el mito del amor romántico se concibe como una fusión con el otro, como una pérdida de límites, una simbiosis, una dependencia vital; no obstante, su forma de promocionarse culturalmente enmascara toda esta patología. Tras una estela de magia, la fusión de las almas supone un estado de virtud asumido voluntariamente por los amantes, quienes supuestamente deben disfrutar de ese estado epifánico aunque les resulte tremendamente coercitivo y deben asumir el sufrimiento propio del amor con estoicismo y resignación. De este modo define su alcance Esteban Tollinchi (1989): “algunas de las ideas centrales del amor romántico se relacionan con su carácter cuasi divino, la unión del amor con el sufrimiento y la muerte, la nostalgia por lo infinito y lo inalcanzable en los amores en la tierra...”¹¹⁹

119 Tollinchi, Esteban: *Romanticismo y modernidad. Ideas fundamentales de la cultura del siglo XIX*. Puerto Rico: Universidad de Puerto Rico, 1989, p.382

A partir de esta idea deformada de la afectividad, las sociedades van construyendo conceptos erráticos y cada vez más violentos alrededor del discurso amoroso, y bajo esas lógicas un grueso de la humanidad establece relaciones de pareja, que lejos de resultar saludables, se constituyen en escenarios de violencia física y emocional que soportan como un ejercicio inherente y casi biológico de la condición humana.

Graciela Ferreira (1995), resume el modelo de amor romántico, de este modo:

Entrega total a la otra persona. / Hacer de la otra persona lo único y fundamental de la existencia. / Vivir experiencias muy intensas de felicidad o de sufrimiento. / Depender de la otra persona y adaptarse a ella, postergando lo propio. / Perdonar y justificar todo en nombre del amor. / Consagrarse al bienestar de la otra persona. / Estar todo el tiempo con la otra persona. / Pensar que es imposible volver a amar con esa intensidad. / Sentir que nada vale tanto como esa relación. / Desesperar ante la sola idea de que la persona amada se vaya. / Pensar todo el tiempo en la otra persona, hasta el punto de no poder trabajar, estudiar, comer, dormir o prestar atención a otras personas. / Vivir sólo para el momento del encuentro. / Prestar atención y vigilar cualquier señal de altibajos en el interés o el amor de la otra persona. / Idealizar a la otra persona no aceptando que pueda tener algún defecto. / Sentir que cualquier sacrificio es positivo si se hace por amor a la otra persona. / Tener anhelos de ayudar y apoyar a la otra persona sin esperar reciprocidad ni gratitud. / Obtener la más completa comunicación. / Lograr la unión más íntima y definitiva. / Hacer todo junto a la otra persona, compartirlo todo, tener los mismos gustos y apetencias.¹²⁰

Leer este listado de anomalías, es asomarnos a las relaciones de pareja que establecemos, las que vemos en nuestros espacios cir-

120 Ferreira, Graciela. "Hombres violentos, mujeres maltratadas". Buenos Aires: Sudamericana. 2ª edición, 1995, p. 179-189

cundantes; las que transmitimos a las nuevas generaciones; las que dejan cada año cifras lamentables de feminicidios; las que nos convierten en una sociedad que naturaliza la violencia y la viste de boda; las que ven perder el juicio de la gente en cada ruptura sentimental; las que no consideran que la afectividad también pasa por ejercicios de raciocinio y de autocuidado. Con este listado, pareciera que enamorarse es una condena que implica perderse en el otro, hibridarse, y ya si se quiere rendir tributo pleno al amor, padecer ese colapso con suficiente expectativa. Así define este sofisma Paula Sepúlveda (2013):

Esta idea del amor aparece hoy como un hecho incuestionable, como un punto de partida (o llegada) de la felicidad, imposible de ser evitado por mujeres y hombres. Es un estado deseado, pues conduciría a experiencias y emociones imposibles de ser vividas de otra forma. Se nos dice que para llegar a él se presentan una serie de dificultades, que no es fácil conquistar ni de mantener, sin embargo, el precio que se pide pareciera estar más que justificado.¹²¹

La justificación de ese precio hace parte del autoengaño propio del mito del amor romántico, hace parte de todo ese andamiaje conspirativo. En el caso de Caicedo, el precio fue la desesperación y el hastío. La muerte del escritor no tomó por sorpresa a nadie. Luis Andrés Caicedo Estela, había nacido con el inri de la desaparición temprana ceñido a su existencia tan perturbada y extrema como melancólica. Las frecuentes invocaciones a la muerte tampoco fueron novedad entre sus círculos cercanos, y dichas invocaciones tampoco escaparon al universo de su obra, en el que de manera descarnada enfrentaba su negativa a vivir más allá de la juventud; en las últimas páginas de *Que viva la música* (1999), Caicedo escribió: “Bienvenida sea la dulce muerte fijada de antemano. Adelántate a la muerte, precísale una cita. Nadie quiere a los niños envejecidos”.¹²²

121 Sepúlveda Navarro, Paula. El mito del amor romántico y su pervivencia en la cultura de masas. *Revista de Historia Universidad de Cádiz*, Núm. 28, Cádiz: 2013, pp. 103

122 Caicedo, Andrés. *Qué viva la música*. Bogotá: Norma, 1999, p.213

Así como su muerte no resultó sorprendente, tampoco lo debió ser el contenido de la carta objeto de estudio de este texto, y que se publicó años más tarde en *El cuento de mi vida: memorias inéditas* (2007). Esta carta, en la que un Andrés enajenado se dirige a Patricia Restrepo, en el marco de una de sus múltiples rupturas sentimentales, pone de manifiesto una relación tormentosa entre los dos: “mi amor único, mi vida entera, mi redención y mi agonía...”¹²³ A lo largo de toda la carta, el tono de dolor se hace insoportable. Cada párrafo logra que el lector se contagie de esa ansiedad, de esa angustia pavorosa y suicida. Las palabras del caleño son una agonía constante por la ausencia de Patricia, a quien en una misma frase reclama y suplica.

Y es que, el reclamo y la súplica son dos caras propias del discurso del amor romántico, en el que su ideología hegemónica ubica el objeto de amor¹²⁴ en una posición inevitablemente idealizada y adictiva, que supone celos, dependencia, ausencia de libertad, pérdida de autonomía.

Más adelante, la carta de Caicedo reza: “Después de que a lo largo de dos años hemos intercambiado, modificado por el gozo o por el sufrimiento nuestras vidas, después de que he llegado a un grado de dependencia de tu cuerpo, de tu alma...”¹²⁵. Con esta declaración de dependencia física y emocional, inaugura Caicedo su misiva. Cuánto valor requiere hacer semejante afirmación, pero de fondo, cuánta despersonalización, cuanta enajenación mediada por la idea del sacrificio. El sacrificio hace carrera en las

123 Caicedo, Andrés. *El cuento de mi vida: memorias inéditas*. Bogotá: Norma. 2007, p.98.

124 El concepto de ‘objeto amoroso’ es de Erich Fromm, quien llama la atención sobre el amor como la facultad de una persona para relacionarse con el mundo como totalidad, no con una persona determinada, es decir, no con un objeto amoroso; porque en el amor hacia una única persona el sujeto desconoce el resto de la humanidad, de modo que su amor ya no sería una actitud, sino un egoísmo ampliado.

Esa falta de comprensión del amor como actividad genera la idea de que las personas deben encontrar su objeto amoroso adecuado, de este modo lo ilustra Fromm en *El Arte de amar* (2004): “Puede compararse esa actitud con la de un hombre que quiere pintar, pero que en lugar de aprender el arte sostiene que debe esperar el objeto adecuado, al que pintará maravillosamente bien cuando lo encuentre” (p. 63).

125 Caicedo, Andrés. *El cuento de mi vida: memorias inéditas*. Bogotá: Norma, 2007, p.98

narrativas del amor romántico, sin sacrificio no hay amor, es un argumento con el que culturalmente se legitima el sufrimiento en las relaciones de pareja, y el relato erigido por la tradición judeocristiana contribuye a dicha legitimación:

El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; / no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; / no se goza de la injusticia, más se goza de la verdad. / Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.¹²⁶

Si bien, este apartado corresponde a la primera carta que escribió el apóstol Pablo al pueblo de Corinto, y su instrucción original estaba orientada hacia el amor fraternal, la iglesia ha optado por hacerla extensiva a las relaciones afectivas; así pues, con este discurso se adoctrina a las personas en lo relativo a los alcances del amor y su entidad sacrificial. En el ámbito del Eros, un amor que todo lo soporta y que todo lo sufre, fácilmente se puede convertir en un amor nocivo que terminará dañando a las partes involucradas.

La misma carta de Caicedo, en algún momento, hace referencia a las múltiples desavenencias que había entre Patricia y el escritor. “He llamado también a mi mamá, y ella, como siempre, ha quedado de nuevo preocupada, al sabernos en otro acceso de nuestra continua pugna.”¹²⁷ “Otro acceso de nuestra continua pugna”, imposible ignorar el alcance de esta frase, imposible no identificar la magnitud de su revelación; su desafortunada honestidad.

Pero la declaración de ansiedad va más allá. Posteriormente, Caicedo refiere que ha llamado a una aerolínea para saber si hay alguna reserva a nombre de Patricia. Caicedo, evade (como el deber ser obliga en el amor romántico) los principios relativos a la privacidad a la que debería tener derecho su pareja (¿Expareja?).

126 Santa Biblia. Versión de Casidoro de Reina. 1569. Reina I Co 13: 4 - 7

127 Caicedo, Andrés. *El cuento de mi vida: memorias inéditas*. Bogotá: Norma. 2007, p.99. No se debe perder de vista el término pugna, que nos remite sin duda al enfrentamiento, la lucha.

Cuando menciona que ha llamado de manera infructuosa a la aerolínea lo hace buscando arbitrariamente información sobre ella, pero ante todo, lo hace sobre la base de la especulación. En las elucubraciones ansiosas de Caicedo, cabe la posibilidad de que Patricia viajara fuera de Cali para alejarse de él, pero también es posible que estuviera desarrollando su vida con normalidad. Entonces, su ansiedad se restringía a una cartografía más local, quizás Patricia estuviera en la imprenta Gutiérrez, o donde los Turcos o donde los Mellizos. En la carta, Andrés sugiere que en un rato iría a esos lugares a buscarla, y del mismo modo, refiere que ha llamado en repetidas ocasiones donde Ospina, pero que no está seguro si realmente no está allí o si ella se ha negado. En el imaginario colectivo toda esa persecución puede ser vista como el producto de un amor desmedido, no obstante, todas son formas de acoso, porque si una persona no quiere hablar con alguien, no quiere verle, no quiere que sepa de su paradero, debería poder hacerlo sin que ello genere un operativo de inteligencia para ubicarla y obligarla a hacer lo que ella no desea.

En medio de la escritura azarosa surge además una acusación: “¿Estás en Telecom hablando con el hombre a quien aborrezco con toda mi alma?” Y luego, “Por favor, ven, ven a verme, aunque sea para decirme que has aceptado la propuesta del hombre que odio, que te vas esta misma tarde a dormir con él...”.¹²⁸ Estas dos alusiones son las únicas que, en la carta evidencian una actitud de celos por parte de Caicedo. Los celos constituyen un eje preponderante en todos los esquemas del amor romántico; en esta carta, sin embargo, a pesar de la profunda desesperación, las alusiones celosas no parecen cobrar mayor relevancia, pareciera que la mención al hombre al que aborrece, es protocolaria, como si se tratara de un requisito, un ritual de amor, porque en el amor romántico, los celos y el amor son sucedáneos. Todas estas

128 Curiosamente en el libro *El cuento de mi vida: memorias inéditas* (2007), estos apartados han sido omitidos en la transcripción de la carta, no obstante en el facsímil de la misma que se encuentra en la página 103 de la edición, se pueden evidenciar los dos textos, aunque de manera incompleta en tanto las imágenes correspondientes a las dos hojas, se encuentran sobrepuestos. Por esta razón estos dos fragmentes se han extractado de la versión en digital <http://textosdeandrsciaicedo.blogspot.com/> recuperada el 28 de julio de 2018.

revelaciones, si bien dan cuenta de la profunda desesperación por la que atraviesa Caicedo, también son la prueba inequívoca de la necesidad de control que lo embiste al momento de escribir. La incertidumbre que le genera no saber dónde y con quién está Patricia lo hacen desbordar.

Para nuestro genio juvenil, aquella fue su última noche sin fortuna, la misma noche del bolero que le dio título a su novela póstuma *Noche sin fortuna* (Caicedo, 2002) y que hizo parte de la banda sonora de *El Atravesado* (Caicedo, 2000), en el apartado en que el protagonista contrata un serenatero para que le cante ese único bolero a su prima María del Mar. La canción, al final pudo ser la síntesis de lo que significaba Patricia en la vida del escritor: “Tu diste luz al sendero, en mi noche sin fortuna, iluminando mi cielo como un rayito claro de luna”.¹²⁹ Quizás, cuando Andrés sintió que Patricia ya no estaría más, la luz del sendero de su noche sin fortuna se apagó.

En entrevista concedida años después, Patricia Restrepo manifiesta que ella llegó a su apartamento de la sexta y que Andrés le dijo que se acababa de tomar 60 pastillas. 60 Secobarbitales que al momento acabaron con su rayito de luna.

A más de 40 años de su muerte las especulaciones no se han hecho esperar, algunos de sus más cercanos amigos han indicado que Caicedo se suicidó por amor, otros indican que su suicidio se debió a que le faltaban motivos para seguir viviendo. Como sea, cualquier explicación resulta atrevida, las razones de un suicida escapan a las teorías de quienes lo sobreviven.

Lo que llama la atención de ese romanticismo mítico que se le ha atribuido a la muerte de Caicedo, es la idealización de su amor por Patricia; es el imaginario que ese amor fue tan sublime que lo llevó a la muerte. Pero esta tesis llama la atención no porque dudemos de dicho sentimiento, sino porque con lecturas como esas lo que se está legitimando es la idea del amor que hace daño

129 *Rayito de luna* fue escrita por José de Jesús Navarro (Chucho Navarro) en 1949 y aunque en principio fue interpretada por el Trio Los Panchos, posteriormente son muchos los artistas que han hecho diferentes versiones.

a causa de su magnificencia, del sufrimiento como producto del amor intenso, de la sospecha que genera un amor que no duele, de la pugna como síntoma inequívoco de amor. Bajo esta lógica, los amantes se vislumbran como unos espadachines del romance cuyos combates enaltecen la naturaleza de sus afectos porque recordemos que, *el amor todo lo puede*.

Por este motivo, el amor se expresa culturalmente, pero ha adquirido elementos tan marcados que han permitido que la imagen del amor penetre en el pensamiento de las sociedades, siendo percibido con un carácter universal e inevitable. En el caso del amor romántico, su evolución desde la época del Romanticismo hasta la actualidad ha ido de la mano de la reiteración de ideas como el poder que es capaz de vencer cualquier obstáculo, el inicio súbito fruto de un primer encuentro entre dos personas o la búsqueda del complemento perfecto para la felicidad.¹³⁰

Más adelante, el tono de manipulación se hace *evidente*: “Dame algo de alegría, porque tú eres mi alegría.”¹³¹ Y después: “Patricia, entregaría mi vida a cambio del privilegio enloquecedor de abrazarte, de recostar mi cabeza en tu pecho, y abrazarte, encontrar la seguridad en ti.”¹³² Esa idea de incompletitud, esa noción según la cual mi objeto de amor me proveerá de aquello de lo que carezco, es acaso uno de los mitos más perversos en el discurso romántico. Si adicional a ello, convertimos a otra persona en subsidiaria de nuestra integridad existencial, estaremos dando por sentado que nuestra vida por sí sola es incapaz de ser en libertad. En la carta de Caicedo, esa declaración de inmolación, ese: “entregaría mí vida a cambio de abrazarte”, a la luz del concepto del amor romántico, se establece como el ideal del amor elevado al grado de renuncia.

130 Sepúlveda Navarro, Paula. El mito del amor romántico y su pervivencia en la cultura de masas. *Revista de Historia Universidad de Cádiz*, Núm. 28, Cádiz: 2013, p.109.

131 Caicedo, Andrés. *El atravesado*. Bogotá: Norma, 2000, p.101

132 *Ibíd*, p. 102

En el amor romántico, entonces, nos encontramos con una idea que es clave: somos seres incompletos y requerimos de alguien que nos complete lo suficiente para poder ser felices. Esta idea se va mostrando como un ideal pues cada cual debe encontrar a su media naranja, que tiene las cualidades que el otro/a no posee con lo que aparentemente la unión de ambas personas supone un todo perfecto.¹³³

Más adelante, cuando ya parece que hemos alcanzado todas las formas de enajenación, vienen estos renglones, que no dejan lugar a duda respecto de las actitudes compulsivas de este héroe trágico y abyecto: “No tengo otra cosa que decir además de que no me dejes, no te vayas, no te vayas, no te vayas, no te vayas, no te vayas”. Estos renglones repetitivos, imbuidos en una misma idea, la súplica, refieren acaso el momento más demoledor de esta carta, el más vehemente, el más irracional. Esa plana delirante con la que Caicedo exorciza esas legiones que le hacen temer la soledad, la vida misma, emergen allí para acompañar el último tránsito, la última abyección del héroe enamorado.

133 Sepúlveda Navarro, Paula. “El mito del amor romántico y su pervivencia en la cultura de masas”. *Revista de Historia Universidad de Cádiz*, Núm. 28, Cádiz: 2013, p. 109.